

*Los historiadores y el «uso público de la historia»: vieJoo problema y desafío reciente*¹

Gonzalo Pasamar Azuria

Universidad de Zaragoza

1. Introducción: Un dominio de investigación nuevo para un problema tradicional

El tema del «uso público»² de la historia constituye en la actualidad uno de los más notables motivos de investigación y debate historiográficos (también entre algunos investigadores sociales). Como tal preocupación, viene a resumir los principales problemas derivados del inusitado interés por el pasado que se observa en las últimas décadas en los más diversos ámbitos políticos y sociales. Aunque muchas veces no se lo reconozca bajo la citada etiqueta, se trata de un ámbito en el que confluyen importantes aspectos de la historia política y la historia cultural. La lista incluye, entre otros, estudios sobre movimientos e identidades culturales; sobre tradiciones polí-

¹ Texto ampliado de la ponencia del mismo título presentada a las III Jornadas de Historia Moderna y Contemporánea (Universidad Nacional de Rosario, 2-4 de octubre de 2002, Argentina). Desarrollamos también las principales ideas expuestas en nuestra intervención como relator en el VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea sobre «Usos públicos de la historia» (19-21 de septiembre de 2002, Zaragoza). Este estudio ha sido realizado en el marco del proyecto de investigación «El cambio de paradigmas historiográficos», del CSIC, financiado por la Xunta de Galicia (PGIDT99PXI40101B).

² Como se observa en la bibliografía reciente, esta expresión se maneja en singular y en plural. Nosotros nos serviremos de una y de otra, pero utilizaremos entrecorrida la expresión en singular dada su procedencia del *Historikerstreit*. Más aclaraciones, *in/ra*.

ticas; sobre el mundo de las expresiones artísticas e instituciones de la cultura, los medios de comunicación y los fenómenos audiovisuales; la llamada «historia del currículum»; la historiografía y las teorías sociales y culturales, y, muy especialmente, los problemas de la «memoria».

Este último apartado merece un comentario específico. Como se sabe, el vocablo «memoria» es una de las expresiones más afortunadas de los últimos tiempos entre múltiples estudiosos (críticos literarios, filósofos, psicólogos, antropólogos). Los historiadores no han permanecido ajenos a esta tendencia³, y, también en la historiografía, el tema de la memoria ha abandonado el significado tradicional de recuerdo personal efímero o irrelevante, para invadir — y proporcionar complejidad, según se vea — las definiciones de la historia. Ahora bien, cualquiera que sea la ambigüedad de dicho vocablo, los autores coinciden en que existe una relación entre determinados nuevos usos de la historia y la reciente eclosión de las memorias o de los problemas que la acompañan (*in/ra*). Para quienes han intentado sistematizar esos nuevos usos, los problemas de la memoria constituyen un «hilo conductor, una cuestión central»⁴; incluso, entre algunos autores, la expresión «memoria» se refiere simplemente al «uso público» de la historia en general⁵.

Los historiadores siempre han sido conscientes, de algún modo, de los usos públicos del pasado. Hablar de la historia en el XIX —entendida como conocimiento capaz de representar de algún modo las novedades políticas, sociales e intelectuales— es referirse a dichos usos. Cuando en 1834 el historiador Augustin Thierry escribió aquella famosa frase de que «la historia será el sello del siglo XIX», sólo comenzaba a constatar algunas de las manifestaciones más llamativas

³ Una introducción a este tema, con abundante bibliografía, en OLABARRI, I.: «La resurrección de Mnemósine: historia, memoria, identidad», en OLABARRI, I., y CASPISTEGUI, F. J. (dirs.): *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, pp. 145-173; CUESTA BUSTILLO, J. (ed.): *Historia y memoria*, *Ayer*, núm. 32 (1998), pp. 203-246. Además, el *review article* de FRITZSCHE, P.: «The Case of Modern Memory», *Journal of Modern History*, núm. 73 (marzo de 2001), pp. 87-117.

⁴ GALLERANO, N. (ed.): *L'uso pubblico della storia*, Milán, Franco Angeli, 1995, p. 11.

⁵ Como veremos, el vocablo «memoria» ha invadido literalmente todo el análisis de los usos públicos de la historia, tanto entre la *nouvelle histoire* francesa como entre ciertos partidarios anglosajones de la *history from below* (*infra*).

de esa curiosidad, pues se estaba refiriendo a la aparición de escritores de historia y de un público culto atraído por la misma en la Francia orleanista⁶. Posiblemente la Inglaterra victoriana fue el país que vio nacer una de las más extendidas y contradictorias pasiones por el pasado que se conocieron en ese siglo. Los especialistas han considerado al período victoriano «una gran época de retornos» (*revivals*) en la literatura, las bellas artes, el coleccionismo o la arqueología. Temas como la Grecia clásica, el Gótico y el Renacimiento o la época georgiana recrearon continuamente la imaginación de las clases medias y altas británicas. Ni siquiera los sectores populares quedaron al margen de ese «espíritu anticuario», según muestra el conocido caso del intelectual socialista William Morris. Por su parte, los políticos y los historiadores británicos, como se sabe, se guiaron por la llamada «interpretación *whig* de la historia», mientras que entre naturalistas y pensadores sociales se abría camino el «darwinismo»⁷.

Debe recordarse, igualmente, que el uso político de la historia, propiamente dicho, es un fenómeno que en el siglo XIX alcanzó las mayores cotas conocidas hasta entonces; si bien posee antecedentes añejos plasmados en las vicisitudes del tropo clásico *historiae magistra vitae*. En las últimas décadas del XIX, sobre todo, dicho uso se materializaría en numerosas «tradiciones inventadas», con las que los Estados-naciones -junto a determinados sectores sociales- desplegaron un especial esfuerzo de legitimación o de búsqueda de las señas de identidad, a través de actividades conmemorativas, construcción

⁶ THIERRY, A.: *Dix ans des études historiques*, 1834 (la cita está recogida y comentada en CARBÜNELL, Ch. O.: *Histoire et historiens. Une mutation idéologique des historiens Iranfais*, 1865-1885, Toulouse, Edouard Privat, 1976, p. 89).

⁷ Sobre los «*revivals* victorianos» y otros usos de la época hemos seguido a HAMILTÜN BUCKLEY, J.: *The Triumph Of Time. A Study Of the Victorian concepts Of Time. History, Progress and Decadence*, Cambridge-Massachussets, The Belknap Press of Harvard UP, 1966, pp. 18-33; LOWENTHAL, D.: *El pasado es un país extraño*, Madrid, Akal, 1998, pp. 153-161. Sobre el «conservacionismo» popular, THOMPSON, E. P.: *William Morris. De romántico a revolucionario*, Valencia, AIEons el Magnanim, 1988, pp. 100-110; SAMUEL, R.: *Theatres Of Memory*, vol. 1, *Past and Present in Contemporary Culture*, Londres-Nueva York, Verso, 1999, pp. 227-231 Y 288. La concepción *whig* de los políticos e historiadores en ANDERSON, O.: «The Political uses of History in Mid-Nineteenth Century England», *Past and Present*, núm. 36 (abril de 1967), pp. 87-99, Y BURROW, W.: *A Liberal Descent. Victorian Historians and the English Past*, Cambridge-Londres, Cambridge UP, 1981, pp. 11-93. Sobre Darwin y el darwinismo, por ejemplo, STROMBERG, R. D.: *Historia intelectual europea desde 1789*, Madrid, Debate, 1988, pp. 174-205.

de edificios públicos, erección de monumentos y organización de la historia escolar.

Tampoco los primeros historiadores profesionales se olvidaron de que la importancia de la historia deriva de sus conexiones con el historiador y con la época a la que éste pertenece. Ni el historicismo ni el positivismo han sido concepciones ingenuas de la historiografía. No es extraño encontrar en las declaraciones de intenciones de las primeras revistas de historia, surgidas en el siglo XIX, alusiones al «lazo vital con la vida del presente», a que «el pasado es todavía contemporáneo», a la «importancia nacional» del estudio del pasado, o a que «la historia puede arrojar luz sobre problemas prácticos»⁹. Desde entonces, los historiadores siempre han mantenido una compleja tensión entre su deseo de objetividad y su voluntad de responder a ese «uso público». Entre los primeros profesionales, la mencionada tensión se plasmó en el convencimiento de que la investigación histórica –y los criterios que la rodeaban– les colocaba en situación privilegiada para dirigirse a un lector culto y muy interesado por el pasado –incluidos los gobernantes–. Aunque dichos autores jugaron un papel importante en la construcción de tradiciones, ellos estaban seguros de hallarse en condiciones de superar o domesticar los más conocidos usos públicos de la historia del XIX; lo que llamaron las historias de «partido», «literaria», «anticuaria», o la «escuela filosófica»¹⁰. Todos ellos dieron por supuesto que la transmisión del

⁸ HOBSBAWM, E. J.: «La producción en serie de tradiciones: Europa, 1870-1914», *Historia Social*, núm. 41 (2001), pp. 10-20. Las «tradiciones inventadas» en la Francia de la III República en NORA, P. (ed.): *Les lieux de mémoire*, vol. I, *La République*, París, Gallimard, 1984, pp. 117-126, 177-190, 247-289, 381-455 Y 532-546, Y vol. II, *La Nation*, t. 3, *La gloire et les mots*, París, Gallimard, 1986, pp. 252-265. Para el mismo período, en el caso norteamericano, KAMMEN, M.: *Mystic Chords of memory. The transformation of Tradition in American culture*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1991, pp. 102-145.

⁹ Citamos frases extraídas de los manifiestos fundacionales de la *Historische Zeitschrift* (1859), *Revue Historique* (1876) e *English Historical Review* (1886). Recogidos en STERN, F. (ed.): *The Varieties of History from Voltaire to the Present*, Londres, MacMillan, 1970, pp. 171-177, Y en CARBONELL, Ch. O.: *op. cit.*, pp. 413-417.

¹⁰ Expresiones manejadas por los primeros historiadores profesionales franceses citadas en KEYLOR, W. R.: *Academy and Community. The Foundation of the French Historical Profession*, Cambridge-Massachusetts, Harvard UP, 1975, pp. 52-53 Y 76-81; y en CARBONELL, Ch. O.: *op. cit.*, p. 414. Véanse numerosas referencias a polémicas políticas sobre la historia en PASAMAR, G., y PEIRO, I.: *Diccionario de historiadores españoles contemporáneos, 1840-1980*, Madrid, Akal, 2002.

conocimiento histórico y del uso de la historia poseía un carácter unidireccional cuya tutela se hallaba en sus manos. Así lo expresó, por ejemplo, el historiador español Rafael Altamira hace ochenta años: «el camino que debemos tomar resueltamente y con todo empeño L...] es el de intensificar el estudio histórico para depurar cada vez más el conocimiento resultante, y cuidar de un modo especial la forma y condiciones en que los resultados de la investigación han de ser transmitidos a la masa»¹¹.

Ese deseo de canalizar o guiar los usos de la historia todavía ha sido más patente entre los historiadores del siglo recién concluido. Así, uno de los rasgos más importantes de las corrientes renovadoras de las décadas centrales del mismo (de los años veinte a los cincuenta) ha consistido en reformular y ampliar la importancia de la función política e intelectual del propio historiador, en el intento de reforzar la dimensión ética y política de la historiografía. El prestigio intelectual de algunos de esos renovadores, más allá de la actividad académica, se hizo acompañar, como es sabido, de una apuesta en favor del carácter «relativista» del conocimiento histórico, en el caso de los *progressive historians* norteamericanos; de la reivindicación de la figura del historiador como «intelectual» comprometido o «mediador», con los historiadores marxistas occidentales; o de las apelaciones a la importancia del «presente» y a la «responsabilidad» del historiador por parte de los padres de *Annales*¹². Sin embargo, hasta bien entrados los sesenta, todos esos intentos siempre se quedaron o bien en debates académicos contra la estrechez «positivista», o, sencillamente, no fueron aplicados al examen de los acontecimientos más delicados y recientes del siglo xx (o como mucho sirvieron para hacerse eco

¹¹ ALTAMIRA, R.: «Valor social del conocimiento histórico» (1922), en *Cuestiones modernas de historia*, Madrid, Mariano Aguilar, 1935, p. 153.

¹² El «relativismo» de los *progressive historians* de los años treinta comentado en NOVICK, P.: *That Noble Dream. The «Objectivity Question» and the American Historical Profession*, Cambridge UP, 1998, pp. 250-258. La imagen del historiador marxista comprometido con una «conciencia socialista y democrática» es una de las tesis de KAYE, H. J.: *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1989, p. 223. Las reflexiones de los padres de *Annales*, acerca de la función social de la historia, están recogidas en DIETER-MANN, H.: *Lucien Febvre, la pensée vivante d'un historien*, París, Armand Colin, 1971, pp. 44-46; FINK, C.: *Marc Eloch. A Ilfe in History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 289-290, YAGUIRRE ROJAS, C. A.: «Presentación a la edición en español», en BLOCII, M.: *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, FCE, 1996, pp. 32-37.

de una versión simplista, acorde con la cultura política de posguerra, de ciertas interpretaciones oficiales sobre los orígenes de los regímenes de posguerra y de la misma Guerra Fría).

En definitiva, los historiadores de las décadas centrales del xx -sobre todo los de izquierda- han desarrollado un profesionalismo variado y cada vez más abierto a los problemas políticos y sociales coetáneos, al menos en teoría. Sin embargo, más allá de sus concepciones historiográficas y políticas, en la práctica todos han heredado unas pautas, acerca de las relaciones entre la investigación y la divulgación, parecidas a las de sus predecesores anteriores a la Primera Guerra Mundial; esto es, han concebido la divulgación del conocimiento histórico en un sentido unidireccional. Más aún, han estado todavía más convencidos incluso que los primeros profesionales de que la relevancia política y social de su profesión constituye la principal garantía de la importancia e interés sociales que despierta el pasado. En las tres últimas décadas una serie de factores han quebrado paulatinamente esa seguridad hasta provocar la aparición del problema propiamente dicho del «uso público» de la historia.

2. La historia reciente y su «uso público»

Las raíces de dicho fenómeno de eclosión de lo histórico son, sin duda, variadas y complejas. Sin embargo, coinciden los especialistas en atribuirlo a los cambios económicos, sociales y políticos acaecidos a escala mundial en las últimas décadas. Como escribió Pierre Nora en la introducción a *Les Lieux de Mémoire* (tomo 1, 1984): «El mundo entero ha entrado en la danza por el fenómeno bien conocido de la mundialización, la democratización, la masificación, los media»¹³.

Posiblemente han sido los estudiosos de los fenómenos de la «memoria» quienes primero y más insistentemente han advertido acerca del carácter, cada vez más problemático, de los usos de la historia. Unos autores se han referido a la proliferación actual de una «cultura de la memoria», que se habría convertido en «una obsesión de proporciones monumentales» (Andreas Huyssen); otros, a una «redefinición de los contornos del espacio público» debido

¹³ NORA, P.: «Entre mémoire et histoire. La problématique des lieux», en NORA, P. (ed.): *Les lieux de mémoire*, vol. 1., p. XVIII.

a la «obsesión por archivar cualquier trazo del pasado» (Henry Rousso), y otros, en fin, a una «nostalgia que se traga el pasado entero» (David Lowenthal) ¹⁴. Además, esta toma de conciencia ha ido pareja, de alguna manera, a la reflexión sobre las paradojas acarreadas por la globalización. De hecho, los estudiosos han constatado que cuanto mayores y más traumáticos y acelerados han sido los cambios políticos, sociales y económicos, tanto más se han afirmado las identidades nacionales y culturales en general ¹⁵.

Como se sabe, en el panorama internacional actual la noción de «memoria» ilustra un pujante terreno de estudios interdisciplinares con sus propios órganos de expresión ¹⁶. En dicho terreno no es difícil constatar que ese vocablo ha desarrollado una gran diversidad de significados: desde los alusivos a la identidad de colectivos real o supuestamente marginados, hasta otros mucho más ambiciosos que apenas se diferencian del de «tradicción política nacional»; sin olvidar aquellos significados que se refieren al recuerdo autobiográfico de los supervivientes de los totalitarismos (10 que llama Luisa Passerini «la memoria del totalitarismo») ¹⁷, o los significados que aluden a los debates provocados por procesos judiciales notorios en los que han sido encausados y condenados antiguos verdugos (estudiados en el caso francés, por ejemplo, por Henry Rousso ¹⁸).

Por lo tanto, el vocablo «memoria» ha constituido un imprescindible punto de partida y, como decíamos, un importante hilo conductor para constatar la complejidad del problema de los usos de la historia. Los especialistas así lo han manifestado. Según explica

¹⁴ Respectivamente, HUYSEN, A.: «Present pasts: Media, Politics, Amnesia», *Public Culture*, vol. 12, núm. 1 (2000), pp. 23 Y 25-26; Rousso, H.: *La hantise du passé. Entretien avec Phillippe Petit*, París, Textuel, 1998, pp. 15 Y 31, YLOWENTHAL, D.: *El pasado*, op. cit., p. 31.

¹⁵ Esta paradoja está más o menos constatada en los comentarios de autores como JOHNSTON, W.: *Post-modernisme et Bimillénaire. Le culte des anniversaires dans la culture contemporaine*, París, PUF, 1992, pp. 18-23; BARROS, C.: «El retorno de la historia», en BARROS, C. (ed.): *Actas del Segundo Congreso Internacional «Historia a Debate»*, 1. 1, La Coruña, 2000, p. 154, YBETTINI, M.: «Contra las raíces: Tradición, identidad, memoria», *Revista de Occidente*, núm. 243 (2001), p. 80.

¹⁶ Nos estamos refiriendo, en especial, a la revista norteamericana *History and Memory* (*infra*).

¹⁷ PASSERINI, L. (ed.): «Memory and Totalitarianism», en *International Yearbook Of Oral History and Lzje Stories*, vol. 1, Nueva York, Oxford UP, 1992, pp. 1-19.

¹⁸ Rousso, H.: *Le syndrome de Vichy, 1944-198...*, op. cit., París, Seuil, 1987, pp. 216-230.

el historiador norteamericano Michael Kammen, los vocablos «memoria colectiva» y «memoria popular» constituyen un claro indicio de la multiplicidad de rasgos y cometidos que atribuimos al pasado. La lista incluye desde mostrar que el interés público por el pasado está en continuo movimiento hasta la constatación del carácter altamente selectivo de los recuerdos sobre el mismo; pero también el reconocimiento de que el pasado puede ser movilizadado por intereses partidistas, comercializado en atención al turismo y relacionado con las empresas, manejado por razones estéticas y no utilitarias, invocado para resistir el cambio o para lograr innovaciones, o manejado para aludir a toda clase de identidades (personales, regionales, nacionales, étnicas, sociales...) ¹⁹.

Podríamos desarrollar este razonamiento de Kammen y afirmar que el problema de la «memoria» ha permitido un cierto catálogo de usos de la historia, sobre todo con los grandes y más conocidos estudios sobre las «tradiciones inventadas», por decirlo con la conocida expresión de Eric. J. Hobsbawm (es decir, con los estudios de Pierre Nora, Raphael Samuel o el propio Michael Kammen). Incluso algunas reflexiones sobre la «memoria» son de gran utilidad para comprender determinados rasgos de la actual globalización cultural ²⁰. Sin embargo, los conceptos de «memoria» (cualesquiera que sean sus variedades), aun siendo importantes categorías para la historia política y cultural, son instrumentos claramente insuficientes -dada su ambigüedad- para estudiar todos y cada uno de los problemas que plantea el «uso público» de la historia. Entre algunos de éstos podemos señalar, por ejemplo: los cauces por los cuales se divulga el conocimiento histórico y su importancia, los mecanismos a través de los cuáles éste se transforma dentro del espacio público o el papel de los historiadores profesionales ante las transformaciones de dicho «uso público» de la historia. La tendencia a tratar el uso del pasado como una cuestión genérica de «memoria colectiva» no sólo impide profundizar en el estudio de la naturaleza de los poderes que influyen sobre las representaciones de ese pasado, sino que,

¹⁹ KAMMEN, M.: *Mystic Chords*, *op. cit.*, p. 10.

²⁰ Nos estamos refiriendo, en concreto, a los trabajos de Andreas Huyssen sobre la cultura de masas y su relación con fenómenos recientes como el auge de los museos o la difusión de la «memoria del Holocausto» (*vid.* HUYSSSEN, A.: *Twilight Memories. Marking Time in a Culture Of Amnesia*, Nueva York-Londres, Roudledge, 1995).

además, plantea importantes problemas de definición de lo que es el «oficio del historiador» (*in/ra*).

Algo parecido puede afirmarse del llamado tema de la «crisis de la historia», pues el debate sobre los usos del pasado constituye, en cierto modo, una nueva etapa que deja atrás dicha problemática. No es difícil adivinar por qué este último debate ha acabado agotándose. Como se sabe, el de la «crisis de la historia» constituyó un diagnóstico, generalmente pesimista -aunque no siempre-, nacido en el seno de la historiografía norteamericana y convertido en los años ochenta en una mezcla confusa de argumentos epistemológicos, académicos, culturales y políticos. El asunto se acabó convirtiéndose en un cliché en el panorama internacional gracias, fundamentalmente, al proceso de difusión, crítica y fragmentación de la historia económica y social. La relación de dicho tema con los cambios políticos y culturales en general no había pasado desapercibida. No es extraño hallar, entre sus comentaristas, referencias al supuesto «fracaso» político de las grandes teorías, o a la transformación de los gustos de los lectores²¹. Sin embargo, los intentos de sistematización del problema -que constituyen una muestra de la clausura del mismo- se han conformado con el examen de los aspectos «internos» de la historiografía (esto es, cambios académicos y epistemológicos), sin atreverse a examinar a fondo las implicaciones políticas y culturales. Así, el ensayo de Harvey J. Kaye, sobre la influencia del «neoconservadurismo» y el uso de la historia por parte de los gobiernos de Margaret Thatcher y Ronald Reagan, aparece como un estudio aislado; un análisis que confirma hasta qué punto la expresión «crisis de la historia» es ambigua e inmanejable. Se trata de un intento agudo, pero sólo aplicable al mundo anglosajón, de demostrar que la llamada «crisis de la historia» posee dimensiones más amplias y profundas que las meramente académicas, que proceden de la ofensiva desatada contra la «historia social» en favor de una reinterpretación conservadora y nacionalista del currículo de la historia escolar²².

²¹ Como se observa en el famoso ensayo de STÜNE, L.: «The revival of narrative: reflections on a new old history», *Past and Present*, núm. 85 (noviembre de 1979), pp. 9 Y 15.

²² KAYE, H. J.: *The Powers Of the Past: Reflections on the crisis and the promise of history*, Nueva York-Londres, Harvester Wheatsheaf, 1991, pp. 95-119; un resumen de su planteamiento en «Uso y abuso del pasado: la nueva derecha y la crisis de

Quizá por estas insuficiencias a la hora de delimitar los debates sobre la historia se ha abierto camino en los noventa la expresión habermasiana -procedente del *Historikerstreit*- de «uso público de la historia»; una expresión que, aunque surgió como un arma de combate contra los historiadores conservadores germanos, tiene un valor más descriptivo y menos equívoco que los de «memoria» y «crisis» para lo que aquí nos interesa²³.

En realidad, los historiadores profesionales nunca han permanecido ajenos a la creciente diversificación de los usos de la historia. Es más, desde hace tres décadas aproximadamente han participado cada vez más activamente en el debate sobre los usos políticos del «siglo xx corto» y de los acontecimientos de la última década (y por extensión, los usos de la historia moderna y contemporánea). La difusión de las expresiones «historia del tiempo presente» e «historia inmediata» se puede interpretar como sendos intentos de guiar los usos públicos del pasado, al menos algunos de ellos.

En el primero de los casos esto ha ocurrido con relativa precocidad. Como se sabe, el término «historia del tiempo presente» designa una conocida institución (el Institut d'Histoire du Temps Présent), fundada en 1978-1979, a la que se considera reflejo de la democratización de la V República francesa, y de la que han surgido importantes investigaciones sobre las dos guerras mundiales, la ocupación, el régimen de Vichy, la descolonización o la llamada «memoria judía». Los acontecimientos de la última década no sólo han afectado

la historia», en MILIBAND, R., *et al.* (eds.): *El neoconservadurismo en Gran Bretaña y Estados Unidos* (1987), Valencia, Alfons el Magnànim, 1992, pp. 285-326. La dimensión de la «crisis de la historia» referente a problemas de epistemología ha sido examinada en MACHARDY, K. J.: «Crisis in history or Hermes Unbounded», *Storia della Storiografia*, núm. 17 (1990), pp. 5-27, YNOTRIEL, G.: *Sobre la crisis de la historia*, Madrid, Cátedra, 1997. Esta última obra se caracteriza por sus prejuicios contra la reflexión epistemológica y por soslayar la dimensión política de la historiografía.

²³ La mayoría de los estudiosos de la memoria se sienten obligados a establecer un repertorio de diferencias entre «historia» y «memoria» a modo de introducción, pero en la mayoría de los casos acaban por establecer un repertorio de obviedades. Al final lo que está ocurriendo es que las más ambiciosas definiciones del concepto de «memoria» sirven para referirse a todo aquel «uso público» de la historia que discurre «fuera» de las competencias de los historiadores profesionales, o, en los casos más extremos, llegan a engullir a la propia historiografía profesional. Piénsese, por ejemplo, en la expresión «historia-memoria» con la que Pierre Nora cataloga a los más importantes historiadores franceses desde el siglo XVI hasta Ernest Lavisse (*infra*).

a dichas investigaciones, sino también a los propios criterios teóricos manejados en dicho Institut ²⁴.

Incluso en el caso de la «historia inmediata» se cumple igualmente esa premisa del intento de guiar otros usos. El vocablo, que procede del mundo periodístico, fue asumido por la *nouvelle histoire* en los setenta de manera más o menos tangencial, como un reconocimiento al papel de los medios de comunicación en la difusión e incluso en la configuración de ciertos hechos recientes. Con posterioridad, la expresión ha pasado a indicar una vía para enfrentarse de modo crítico a la aceleración de los acontecimientos y el impulso de la globalización propios de los años noventa. Así, por ejemplo, el volumen *En el Este) la memoria recuperada* (1990), preparado por el filósofo Alain Brossat con motivo de la caída del muro de Berlín, fue justificado por Jacques Le Goff como una «historia inmediata» ²⁵. Más recientemente' el colectivo «Historia a Debate» ha reivindicado el término «historia inmediata» en un sentido todavía más ambicioso. Dicho colectivo se presenta, a través de la Red, como una forma abierta y transnacional de asociacionismo. Pretende «recuperar la autonomía crítica de los historiadores y de las historiadoras» ante el exagerado crecimiento de «la influencia del mercado editorial, de los grandes medios de comunicación y las instituciones políticas». Mediante la idea de «una historia más reivindicativa», dicho colectivo ha reclamado precisamente la noción de una «historia inmediata» y se ha servido de ella para abordar temas recientísimos como la intifada palestina, la situación argentina, los ataques terroristas del 11 de septiembre o el golpe contra Hugo Chávez ²⁶.

²⁴ Nos remitimos al ya clásico de FRANK, R., *et al.*: *Écrire l'histoire du temps présent. En hommage à François Bédarida* París, CNRS, 1993. Las discusiones actuales sobre el concepto de «historia del tiempo presente» están reflejadas en el debate entre LAGROU, P., y ROUSSO, H.: «Dossier L'histoire du temps présent, hier et aujourd'hui (juillet 2000)», en www.ihp-cnrs.ens-cachan.fr; las posiciones de este último, además, en *La hantise du passé* *op. cit.* pp. 75-77.

²⁵ LE GOFF, J.: «Prefacio», en BROSSAT, A., *et al.*: *En el Este) la memoria recuperada* Valencia, Alfons el Magnànim, 1992, p. 12. El significado inicial de la expresión «historia inmediata» en LACOUTURE, J.: «La historia inmediata», en LE GOFF, J., *et al.*: *La nueva historia* (1978), Bilbao, Mensajero, 1988, pp. 331-354.

²⁶ *Vid.* «Historia inmediata», en www.h-debate.com.Laidea de una «historia reivindicativa» en los apartados XV y XVI del manifiesto «Historia a Debate» (11 de septiembre de 2001); el planteamiento de un asociacionismo abierto y basado en la Red en los apartados V-XI del mismo manifiesto (en la misma página web).

Sin embargo, a pesar de que las corrientes historiográficas actuales poseen una dimensión internacional cada vez más decisiva, conviene recordar algunas diferencias esenciales que han separado –y siguen separando– a los historiadores de los países situados a ambos lados del antiguo Telón de Acero.

En Europa Oriental el recurso al pasado ha gozado de un papel legitimador mucho más profundo que en Occidente. Además, allí no puede hablarse –al menos, hasta ahora– de la existencia de una *public history*²⁷ de envergadura capaz de contrarrestar o equilibrar la manipulación del pasado ejercida desde la política y desde ciertos medios de comunicación. Lo que parece haberse producido en esos países, desde finales de los años ochenta sobre todo, ha sido más bien una eclosión de «contrahistorias» conforme la «memoria comunista» oficial se desacreditaba. Los historiadores no han permanecido al margen de este fenómeno; sin embargo, desaparecido el muro, la impresión o queja que transmiten algunos de ellos es que la consideración pública del historiador profesional apenas si ha mejorado respecto a la época anterior²⁸.

En Europa Occidental, en cambio, los problemas que entraña el actual «uso público» de la historia no sólo son más complejos, sino que pueden ser abordados por los historiadores con unos medios y un bagaje intelectual considerablemente mayores. Aquí, el inusitado interés por la historia nacional promovido desde las esferas oficiales y desde los medios de comunicación se mezcla con un consumo popular de historia, que en unos casos se canaliza a través de la mencionada *public history* y, en otros, se recrea en usos más o menos triviales (*in/ra*). No es casual que los «revisionismos» se hayan convertido en un serio motivo de preocupación para muchos historiadores, puesto que tras aquéllos se difunde, en la mayoría de los casos, una visión simplificada de la historia contemporánea, una «de-

²⁷ La *public history* es una expresión originariamente surgida en los Estados Unidos para hacer referencia al interés por el pasado despertado en los setenta entre sociedades y museos locales, y que se desarrolla al margen de las universidades (NOVICK, P.: *That Noble Dream*, *op. cit.*, p. 512). El vocablo ha pasado en los años ochenta a Europa y ha servido para designar el interés por la historia suscitado entre un variado abanico de aficionados, en ciertos casos comprometidos con criterios contraculturales heredados de mayo del 68 (*in/ra*).

²⁸ *Vid.*, por ejemplo, las críticas al «uso público» de la historia en la Chequia de los noventa en BARTOSEK, K: «Prague et le retour de l'histoire», en FRANK, R., *et al.*: *op. cit.*) pp. 219-228.

valuación del pasado» estrechamente relacionada con la influencia de los medios de comunicación y la industria cultural²⁹. En estas condiciones, el problema de los historiadores más inquietos no es tanto de «supervivencia» o de «identidad» intelectual como de participación más activa y consciente en el debate público; es decir, consiste en centrar la atención en el espacio público bajo ciertas condiciones y con un conocimiento profundo de lo que éste significa. Se trata, en efecto, como ha escrito Josep Fontana, de «implicarnos en los problemas de nuestro tiempo»³⁰. Sin embargo, se trata de hacerlo mediante un conocimiento, lo más realista posible, de las relaciones complejas que se establecen entre los historiadores y otros usos de la historia.

Al panorama que acabamos de esbozar la historiografía germana de las últimas décadas añade dos componentes fundamentales: la paulatina incorporación de una «memoria» de la Segunda Guerra Mundial cada vez más institucionalizada, que ofrece continuamente motivos para el debate en la propia sociedad alemana, y, particularmente, la problemática del Holocausto, que ha adquirido una gran notoriedad internacional, sobre todo en el ámbito anglosajón. Resulta lógico que el *Historikerstreit* (la disputa de los historiadores) haya contribuido a caracterizar el problema de los usos públicos de la historia de manera tan considerable. Sin embargo, ¿hasta qué punto lo ha hecho, y en qué términos? Como expondremos brevemente, lo ha hecho acuñando un vocablo lo suficientemente descriptivo como el de «uso público de la historia», por un lado; plasmando la preocupación de ciertos historiadores por la importancia ética y política de la «historia del tiempo presente», por otro, pero también reflejando las contradicciones de la mayoría de ellos ante los usos de la historia que traspasan el puro ámbito académico.

Los especialistas han recordado que el país de cultura germana que ha abordado de modo más complejo y contradictorio el llamado «peso del pasado» ha sido, precisamente, la antigua RFA. Como

²⁹ No estamos hablando de los «revisionismos» como asunto de especialistas -que posee muchos matices-, sino como manifestación del «uso público» de la historia. Vid. LEVI, G.: «Le passé lointain. Sur l'usage politique de l'histoire», en HARTOG, F., y REVEL, J. (eds.): *Les usages politiques du passé*, París, EHESS, 2001, p. 35, y también el *Historikerstreit*.

³⁰ Se trata de una de las conclusiones de FONTANA, J.: *La historia de los hombres*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 353. En una línea parecida se sitúa el manifiesto «Historia a Debate», *op. cit.*

indica Peter Reichel, allí «el rechazo y la representación, la amnesia y la anamnesis son todavía fenómenos simultáneos»³¹. La novedad de las dos últimas décadas ha consistido, en concreto, en el desarrollo de una intensa «cultura de la memoria» (que incluye una vigorosa *publie history*) y en la aparición de un llamativo discurso político sobre la identidad nacional³².

Todo ello se ha materializado en un repertorio de manifestaciones fruto de un marcado interés político y social por la «historia del tiempo presente» que se inicia, aproximadamente, a finales de los años setenta. Entre dichas manifestaciones cabe recordar varias: la recepción de la famosa serie televisiva «Holocausto» (1979); la convocatoria del premio nacional para las escuelas sobre «La vida cotidiana en el nazismo» (1980-1981)³³; los «talleres de historia» de los ochenta; los proyectos y discursos de la coalición CDU-CSU -tesis que hallan un eco muy claro en las intervenciones del historiador Michael Stürmer³⁴, o el «museísmo» plasmado, tras la

³¹ REICHEL, P.: *L'Allemagne et sa mémoire* (París, Odile Jacob, 1998, p. 43. Esta situación está comentada también por CUESTA BUSTILLO,}: «La memoria del horror después de la Segunda Guerra Mundial», *Ayer* núm. 32 (1998) pp. 89-97.

³² El carácter novedoso del discurso sobre la identidad nacional en la RFA, surgido a comienzos de los ochenta, es ampliamente comentado por Hans Mommsen, constituyendo posiblemente el análisis político más profundo entre los intervinientes en el *Historikerstreit*. MOMMSEN, H.: «A la recherche de l'histoire perdue», en AUES TEIN, R., et al.: *Devant l'Histoire. Les documents de la controverse sur la singularité de l'extermination des Juifs par le régime nazi*, París, Eds. du Cerf, 1988, pp. 129-143 (publicado en *Mercur*, septiembre-octubre de 1986).

³³ La recepción de la película «Holocausto» en la RFA, en la introducción a HABERMAS, J. (ed.): *Observations on «The Spiritual Situation Of the Age»*. *Contemporary German Perspectives*, Cambridge-Massachusetts-Londres, The MIT Press, 1984, pp. XIV-XV. Las referencias a las convocatorias del premio nacional escolar en ELEY, G.: «Labor History, Social History, Alltagsgeschichte: Experience, culture, and the Politics of the Everyday – a New Direction for German History?», *Journal Of Modern History*, núm. 61 (junio de 1989), p. 298.

³⁴ Las intervenciones del historiador Michael Stürmer (a la sazón consejero del canciller Helmut Kohl) en el *Historikerstreit* son las que más claramente representaron las posiciones políticas de la coalición conservadora tras su victoria en las elecciones de 1983. Básicamente se resumen en la idea de que la historia (los políticos y los historiadores) debían ocuparse de la cuestión de la identidad nacional, necesidad debida a las «responsabilidades políticas y económicas» de la RFA y a que ésta se hallaba «en el centro del dispositivo de defensa europeo organizado por la Alianza Atlántica» (AUGSTEIN, R: *op. cit.*, pp. 25-27, 81-82 y 241-243) (artículos publicados en *Frankfurter Allgemeine Zeitung* el 25 de abril de 1986, 16 de agosto de 1986 y 26 de noviembre de 1986).

unificación, en realizaciones como «La Casa de la Historia» de Bonn, el Museo de Berlín (abiertos ambos al público en 1994, este último de modo intermitente) o la exposición itinerante «Guerra de exterminio: crímenes de la Wehrmacht, 1941-1944», iniciada en Hamburgo al año siguiente³⁵.

A todo ello debe sumarse el que la propia historia alemana se haya convertido en las dos últimas décadas en una continua fuente de opiniones, noticias y actividades internacionales: a la citada serie «Holocausto», que tuvo un amplio eco en diversos países, le han seguido variadas conmemoraciones de acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial; además, lógicamente, de la caída del muro y de la unificación. Eso sin contar con fenómenos como el despertar de la llamada «memoria judía» o el «negacionismo», que han cobrado fuerza desde los años setenta; o el impacto de libros recientes favorecidos por una «atención mediática infrecuente», como es el caso del estudio del sociólogo Daniel J. Goldhagen³⁶. Así, el eco del tema del holocausto nazi ha sido tan poderoso que incluso se ha vuelto objeto de discusión su mismo significado cultural. Algunos autores han llamado la atención de que el recuerdo de dicho fenómeno ha experimentado en los noventa una «globalización» de tal envergadura,

³⁵ El término «museísmo» es una expresión acuñada en la RFA en los ochenta por el arquitecto Bruno Schidler, referente al interés despertado desde los años setenta, entre un público amplio, hacia las representaciones de la historia alemana. Citado en ELEY, G.: «Nazism, politics, and the image of the past: Thoughts of the West German *Historikerstreit* 1986-87», *Past and Present* núm. 121 (noviembre de 1988), pp. 191-192. Sobre los museos de Berlín y de Bonn hemos seguido el trabajo de XTERNER, M.: «Deux nouvelles mises en scène de la nation allemande. Les expériences du Deutsches Historisches museum (Berlín) et du Haus der Geschichte der Bundesrepublik Deutschland (Bonn)», en HARTOG, F., y REVEL, J. (eds.): *op. cit.* pp. 77-97. Sobre la exposición de los «Crímenes de la Wehrmacht», el trabajo de HEER, H.: «The Difficulty of Ending a War: Reactions to the Exhibiton "War of Extermination: Crimes of the Wehrmacht, 1941-1944"», *History Workshop Journal* núm. 46 (1998), pp. 187-203.

³⁶ El eco internacional de la serie «Holocausto» en Rouso, H.: *Le syndrome de Vichy* *op. cit.* pp. 160-164; el fenómeno del «negacionismo» y la «memoria judía» en *ibid.* pp. 166-172. El libro de Daniel J. Goldhagen y su impacto (*Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*) Madrid, Taurus, 1997; en inglés, 1996) comentado, por ejemplo, en VILANOVA I VILA-ABADAL, F.: «La larga sombra de la culpabilidad alemana: ecos y derivaciones de la *Historikerstreit*», *Ayer* núm. 40 (2000), pp. 155-167, YFINKELSTEIN, N. G.: *La industria del Holocausto. Reflexiones sobre la explotación del sufrimiento judío* Argentina, Siglo XXI, 2002, pp. 70-75.

que se habría convertido en una suerte de tropo universal hasta marginar –al menos, en el mundo anglosajón– el interés por otros conflictos; o en el mejor de los casos, servir de rasero para otros genocidios recientes (Ruanda, Bosnia, Kósovo)³⁷. La crítica más contundente ha procedido, sin duda, del reciente ensayo del historiador norteamericano Norman G. Finkelstein. Éste ha denunciado que la llamada «memoria judía» o «memoria del Holocausto», en los Estados Unidos, no se puede considerar en absoluto el reflejo de una mera «identidad colectiva»; es más bien el resultado ideológico de un poderoso despliegue de intereses políticos y económicos de los dirigentes de la comunidad judía norteamericana en connivencia con las posiciones estadounidenses e israelíes en política internacional; una «industria cultural» extremadamente interesada, conservadora y egoísta³⁸.

Por su parte, el *Historikerstreit* –polémica relativamente apagada en la historiografía alemana actual– ha contribuido notablemente a llamar la atención de los historiadores sobre los recientes retos relativos al uso del pasado. Para lo que interesa aquí, es necesario subrayar dos componentes de dicha «disputa»: primero, el papel del sociólogo e intelectual Jürgen Habermas, detrás del cual se colocaron los más importantes *Sozialhistorians*, y segundo, la actitud de estos últimos ante los fenómenos de la *publie history*.

No es necesario insistir demasiado, por sabido, en el papel de Habermas en la cultura intelectual de la RFA. Basta con recordar que uno de los precedentes más importantes del *Historikerstreit* fue la preparación, por el propio autor, del número mil de la «edición Suhrkamp» (1979), libro principal de la serie dedicada a las tradiciones intelectuales germanas de izquierda, que se venía publicando en la RFA desde la posguerra³⁹. Desde la fecha de publicación de esa edición hasta el verano de 1986, cuando estalla la polémica en la prensa, la «situación espiritual de la época», a la que se refería

³⁷ Vid. esta idea en HUYSEN, A.: «Present pasts», *op. cit.*, pp. 22-24; LAGROU, P.: «L'usage contestable de l'Holocauste aux États Unis» (15 de noviembre de 2001), en http://www.ihtp-cnrs.fr/page_accueil/indexJJDoteur.html. Por lo demás, es necesario recordar de nuevo la importancia de la revista *History and Memory. Studies in Representation Of the Past* (Indiana University Press Journal), y en particular el monográfico *Passing into history. Nazism and the Holocaust beyond memory* (vol. 9, núm. 1-2, 1997).

³⁸ FINKELSTEIN, N. G.: *La industria del Holocausto, passim*.

³⁹ Hemos seguido la versión de este texto en inglés, que sólo recoge una parte del mismo. HABERMAS, J. (ed.): *Observations on «The Spiritual Situation Of the Age»*, *op. cit.*

en tono evocativo Habermas, se concretaría especialmente en dos ámbitos: la movilización de la historiografía conservadora en un sentido nacionalista (que a la altura de 1979 apenas si se había producido), y el desarrollo de un discurso oficial en la misma dirección. En ambos casos, el tema del nazismo parecía ser objeto de lo que llamó el propio Habermas «tendencias apologéticas» y «operación revisionista»⁴⁰.

En este contexto, una vez transcurrida buena parte de la polémica, Habermas se vio obligado a defenderse de las duras críticas de los historiadores conservadores (más insistentes en sus intervenciones que los de izquierda), quienes lo habían tachado de «difamador», «maniqueo», de querer «simplificar» los argumentos de los historiadores y de intentar «politizar el trabajo científico». Fue entonces, justamente, cuando Habermas apeló al «uso público de la historia» en un nuevo artículo publicado en *Die Zeit* el 7 de noviembre de 1986.

Dicha expresión no tiene una pretensión teórica en el contexto del *Historikerstreit*. Es más bien un vocablo de carácter descriptivo y polémico lanzado contra los historiadores conservadores y contra el discurso político que les repaldaba⁴¹. Efectivamente, en el mencionado artículo de *Die Zeit* Habermas intentaba mostrar que, a diferencia del proceder de los historiadores conservadores, que se tomaban el problema del nazismo como mero debate académico, existían múltiples indicios de que dicho tema había abandonado la relativa marginalidad que había poseído en la RFA en las últimas décadas: recuerdos de víctimas de los campos de exterminio, procesos judiciales contra antiguos verdugos, declaraciones de líderes políticos y, en particular, el famoso episodio de la visita del canciller Kohl y del presidente Reagan al cementerio militar de Bitburg en la pri-

⁴⁰ La movilización de la historiografía conservadora y el discurso oficial comentado en ELEY, G.: «Nazism, politics...», *op. cit.*, pp. 193-195. La apreciación de Habermas, en HABERMAS, J.: «Une manière de liquider les dommages. Les tendances apologétiques dans l'historiographie contemporaine allemande», *Die Zeit*, 11 de julio de 1986 (AUGSTEIN, R: *op. cit.*, pp. 47-48).

⁴¹ En cambio, N. Gallerano considera que Habermas habría ofrecido una definición «restrictiva» del problema del uso de la historia debido a su concepción filosófica de lo que deben ser las relaciones entre la sociedad civil y la ciencia (GA. LLERANO, N.: *Su l'uso pubblico*, *op. cit.*, pp. 18-20). En nuestra opinión, no se trata de una noción elaborada teóricamente.

mavera de 1985⁴². La conclusión del intelectual germano era que los argumentos de los historiadores conservadores respiraban un claro «revisiónismo banalizador», al actuar en un ámbito público en el que se observaba un poderoso intento de «recuperar la memoria» justamente en contra de la dirección que parecían marcar dichos historiadores; esto es, la de simplificar el pasado en aras de la comparación y crítica del estalinismo (con Ernest Nolte y Andreas Hillgrüber) o en apoyo de la tesis de la identidad nacional (en el caso de Michael Stürmer).

Las dificultades que entraña el «uso público» de la historia, más que en la intervención de Habermas, se pueden observar en las actitudes de los historiadores progresistas que se colocaron a su lado. La polémica entre Habermas y los historiadores conservadores obligó a Jürgen Kocka, a Hans y Wolfgang J. Mommsen y a Martin Broszat a examinar el panorama político y cultural de la RFA, a criticar los argumentos de sus colegas conservadores y a definir las corrientes historiográficas. Sin embargo, es en este punto donde podemos apreciar hasta dónde eran capaces de llegar dichos autores en la valoración del «uso público» de la historia. En efecto, para ellos el fenómeno de la *public history* (plasmado en los «talleres de historia», *in/ra*), más que un complejo fenómeno que merecía la pena estudiarse, era una manifestación irrelevante y sospechosa del uso de la historia⁴³.

No resulta casual que el intento de ampliar y sistematizar el problema del «uso público» de la historia no provenga de los autores germanos y haya de buscarse en la historiografía italiana, y, en concreto, en la obra de Nicola Gallerano (1940-1996). Para entenderlo basta con recordar que la situación italiana combina la existencia de una comunidad de historiadores muy proclive al debate político

42 HABERMAS, J.: «De l'usage public de l'histoire. La vision officielle que la République fédérale a d'elle meme est en train d'eclater», en AUGSTEIN, R: *op. cit.*, pp. 202-203. El episodio de la visita al cementerio de Bitburg (primavera de 1985), que tuvo un eco internacional, ha sido considerado por los especialistas como un hecho de gran trascendencia en el uso político y conmemorativo de la historia que se desata en los años ochenta (*vid.*, al respecto, REICHEL, P.: *L'Allemagne, op. cit.*, pp. 240-245; ELEY, G.: «Nazism, politics...», *op. cit.*, p. 176; VILANOVA, F.: «La larga sombra...», *op. cit.*, p. 142.; KAYE, H. J.: *The Powers, op. cit.*, pp. 103-104).

43 KOCKA, J.: «Staline et PoI Pot ne doivent pas servir à refouler Hitler. Les tentatives de certaines historiens allemands de relativiser la monstruosité des crimes nazis», en AUGSTEIN, R, *et al.*: *op. cit.*, pp. 112-114. El citado argumento no tiene un carácter aislado y puede hallarse en las principales reflexiones historiográficas de estos autores.

con un uso mediático de la historia y una conflictividad especialmente notables en las últimas décadas.

Los motivos que condujeron a Gallerano -perteneciente a la generación de historiadores marxistas de los años sesenta (abandonó el *peI* en 1968)- a sistematizar el problema del «uso público» de la historia se podrían reducir a tres: por un lado, la reacción crítica a la famosa interpretación revisionista del fascismo difundida por Renzo de Felice (particularmente su respuesta a la varias veces reeditada *Intervista sul fascismo*, 1975, de De Felice, que fue muy atendida en los medios de comunicación del país transalpino y generó una importante polémica con historiadores marxistas); por otro, las preocupaciones por la crisis de la República italiana (1989-1993) Y por los asuntos internacionales *fin-de-siecle*) y, finalmente, la toma de conciencia de la importancia de los medios de comunicación en el uso de la historia. El hilo conductor de todas esas preocupaciones de Gallerano fue la creencia de que los historiadores de izquierda habían abandonado el terreno de los medios de comunicación a la influencia de las interpretaciones «revisionistas» o al «uso trivial» de la historia, y que, por lo tanto, sería imprescindible un reconocimiento del problema y un «uso crítico del pasado» 44.

3. Algunos criterios recientes sobre el uso del pasado: entre la «memoria histórica» y la *public history*

Posiblemente la más llamativa de las características de este nuevo dominio de investigación acerca del «uso público» de la historia consiste en su capacidad para ofrecer una visión más compleja de

44 Sobre la trayectoria de Gallerano hemos seguido el homenaje de *Pasato y Presente*, núm. 39 (1996) (sobre todo, ROSSI-DORIA, A.: «La riflessione su l'uso pubblico de la storia», *op. cit.*, pp. 120-128), y, además, DETTI, T., y FLORES, M.: «Introduzionc» a GALLERANO, N.: *La verita della storia. Scritti sull'uso pubblico del pasado*, Roma, Manifestolibri, 1999, pp. 9-33. El diagnóstico de Gallerano en *L'uso pubblico*, pp. 13-14, 20-21 y 31-32. La polémica generada por la *Intervista sull'aseismo (1975)*, de Renzo De Felice, en LEDEEN, M. A.: «Renzo De Felice and the Controverse over Italian Fascism», *Journal Of Contemporary History*, núm. 11 (1976), pp. 269-283. Para los debates acerca de los orígenes de la República hemos seguido a CRAINZ, G.: «Fundación y crisis de la Italia republicana: historia, memoria, identidad», *Ayer*, núm. 18 (1995), pp. 17-33, YGALLI DELLA LOGGIA, F.: «El debate sobre la identidad nacional en Italia», *Ayer*, núm. 36 (1999), pp. 144-158.

los modos en que circulan el conocimiento y la memoria históricos. Si hubiese de establecerse una clasificación de los criterios recientes utilizados por los estudiosos para abordar el problema, podrían señalarse a grandes líneas, dos extremos: por una parte, los que se interesan por esos usos pero tienden a contraponerlos de algún modo a la historiografía profesional, y por otra, quienes sostienen que «la historia como conocimiento social no es prerrogativa de los historiadores», y subrayan especialmente el hecho de que éstos comparten el espacio público con muchos otros interesados y curiosos⁴⁵. La primera de las posturas posiblemente ha tenido sus más ambiciosos defensores en los miembros de la *nouvelle histoire*, y la segunda, en conocidos historiadores anglosajones partidarios de la *history from below*. Unos breves comentarios de tales posturas nos mostrarán que ambas, al tiempo que resuelven ciertas cuestiones, plantean también nuevos interrogantes. Todo ello muestra en qué medida nos hallamos ante un problema complejo y trascendental.

La *nouvelle histoire*, como se sabe, fue la principal beneficiaria del interés por la historia despertado en Francia entre los años sesenta y ochenta – a partir de mayo del 68 especialmente –. Una minoría de estos autores supo atender con reconocida habilidad la curiosidad de un extenso público culto, de formación universitaria, consumidor de libros de historia a medio camino entre la monografía académica y la obra divulgativa tradicional (esta última, al estilo de la biografía de *amateurs* escrita con ánimo literario o moral). Algunos de esos autores tuvieron, incluso, un papel notable en los medios de comunicación, incluida la televisión⁴⁶. Además, la *nouvelle histoire* se desmarcó del marxismo cuando se aceleraba en Francia el declive político e intelectual de éste en la segunda mitad de los setenta. A este

⁴⁵ Como escribe SAMUEL, R: *Theatres Of Memory*, op. cit., p. 8. Un intento de clasificación, pero restringido a las concepciones de la historia que manejan los *mass media*, en ORTOLEVA, P.: «Storia e mass media», en GALLERANO, N. (ed.): *Su l'uso pubblico*, op. cit., pp. 66-68.

⁴⁶ *Id.*, al respecto, REIFEL, R: «Les historiens, l'edition et les médias», en BÉDARIDA, F. (ed.): *L'Histoire et le métier d'historien en France, 1945-1995*, París, Eds. de la Maison des Sciences de l'Homme, 1995, pp. 61-64; DossE, F.: «Mayo del 68: los efectos de la historia sobre la historia», *Sociológica*, núm. 38, México (septiembre-diciembre de 1998), pp. 169-171, y CARRAD, Ph.: *Poétique de la nouvelle histoire. Le discours historique Iranfais de Braudel à Chartier*, Payot-Lausanne, 1998, pp. 130-143. Sobre la aludida experiencia en la televisión, *vid.*, por ejemplo, el testimonio de DUBY, G.: *La historia continúa*, Madrid, Debate, 1991, pp. 146-154.

respecto, como también se sabe, su principal apuesta de sustitución fue una gran «antropología histórica» entendida como «un nuevo modo de aproximación a la realidad histórica»⁴⁷.

En consonancia con estos supuestos, la *nouvelle histoire* se ha ocupado con frecuencia de los usos del pasado; ha mostrado una notable atención tanto hacia las fuentes del interés por la historia como hacia la situación de la historiografía profesional-y por extensión hacia la historia de la historiografía-o En ese sentido, los estudios de la *nouvelle histoire* sobre las «representaciones colectivas» -junto a lo que estos autores llaman «la historia de la historia»- han supuesto un aliciente innegable para el examen de los usos públicos del pasado. A través de nociones como «memoria colectiva», «hogares de la conciencia colectiva» o «lugares de la memoria» (<<*lieux de mémoire*>>) estos autores han intentado mostrar de qué modo el paso del tiempo ha provocado la aparición de símbolos en los que cristalizan distintas formas de representar la continuidad histórica: los mitos; las historias y la erudición respaldadas por instituciones como las iglesias, los estados o los partidos comunistas; la literatura; las conmemoraciones; las fiestas, etc. Todo ello ha proporcionado, entre otros conocidos resultados, la notable reflexión teórica de Jacques Le Goff, contenida en *El orden de la memoria* (1977 y otras ediciones)⁴⁸, y su aplicación en parte a la ambiciosa «historia de Francia», de carácter colectivo, dirigida por Pierre Nora bajo el título de *Les lieux de mémoire* (1984-1992, 7 tomos).

Sin embargo, una noción de «memoria» de tal alcance también posee notables limitaciones que acaban por simplificar los problemas relativos al «uso público» de la historia.

La primera de ellas se deriva del propio significado de lo que Nora llama *lieux de mémoire*. Es cierto que este autor ha recordado en diversas ocasiones que en Francia existe una peculiar construcción

⁴⁷ BURGUIERE, A: «Anthropologie historique», en BURGUIERE, A (ed.): *Dictionnaire des sciences historiques*, París, PUF, 1986, p. 52.

⁴⁸ Advértase que esta obra de Le Goff fue publicada por primera vez en italiano en 1977, Y después ha contado con diversas ediciones en este idioma y en francés; la versión en castellano aparece muy posteriormente en forma de dos trabajos distintos: *Pensar la historia. Modernidad, presente y progreso*, y *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario* (ambos en Barcelona, Paidós, 1991). En la misma línea de intentar codificar los usos de la historia se sitúa FERRO, M.: *L'histoire sous surveillance. Science et conscience de l'histoire*, París, Calmann-Lévy, 1985, pp. 19-109 (prolongación de *Comment on raconte l'histoire aux enfants à travers le monde entier*, París, Payot, 1981).

de la tradición nacional, proveniente de la Revolución de 1789 y de períodos anteriores, que no ha existido en ningún otro país; por lo que *Les lieux* constituye, por encima de todo, un criterio relativo a la historia moderna y contemporánea de esta Francia. Pero igualmente, Nora considera que su proyecto suministra un punto de partida para una «simbólica europea»⁴⁹. Ahora bien, en la práctica es evidente que *Les lieux* reduce los usos del pasado a actividades conmemorativas (en el sentido amplio de la expresión) altamente formalizadas y elaboradas. Como escribe el propio autor, dichos *lieux* son «la forma extrema donde subsiste una conciencia conmemorativa»⁵⁰. Según esto, el sentido de la continuidad histórica se habría plasmado a lo largo de los siglos en actividades literarias, artísticas y científicas respaldadas por las clases dirigentes del Antiguo Régimen, y por el Estado liberal y las clases medias a partir de la Revolución de 1789. La parte dedicada a la «memoria» de las clases populares es mucho menor, y las pocas veces que se la aborda directamente, también se la aprecia en su valor «conmemorativo»⁵¹.

Se comprende, por lo tanto, que este planteamiento, aplicado al pie de la letra, conllevaría una drástica disminución de la complejidad de la experiencia social, de la importancia del cambio social y del papel de las modernas ideologías. La vertiente conmemorativa de los usos del pasado no cubre más que una parte de los mismos. No se equivocan los críticos de la *nouvelle histoire* cuando afirman que esta corriente ofrece una visión absolutamente ralentizada y simplista del tiempo histórico⁵², que, a fin de cuentas, no es más que un efecto de ese relativo desinterés por el cambio social.

Pero, además, las propuestas de estos *nouveaux historiens* sobre «la memoria colectiva» presentan un segundo aspecto no menos problemático: el considerar a los grandes historiadores franceses, desde

⁴⁹ NORA, P.: «La aventura de *Les lieux de mémoire*», *Ayer*, núm. 32 (1998), pp. 30-32.

⁵⁰ NORA, P.: «Entre mémoire et histoire», *op. cit.*, p. XXIV.

⁵¹ Por ejemplo, el recuerdo de la Comuna de París (vid. REBERIOUX, M.: *Le mur des léderés*, vol. 1, pp. 619-649) o incluso las biografías obreras (PERROT, M.: *Les vies ouvrières*, vol. III, t. III, París, Gallimard, 1992, pp. 87-129). En general estos rasgos han sido subrayados por los comentaristas. Vid., por ejemplo, ENGLUND, St.: «The Ghost of Nation Past», *Journal Of Modern History*, núm. 64 (junio de 1992), pp. 303-304.

⁵² DOSSE, F.: *L'histoire en miettes. Des «Annales» á la nouvelle histoire*, París, La Découverte, 1987, pp. 163-173.

Philippe de Commines hasta Ernest Lavisse, como los meros representantes de una «historia-memoria». Este planteamiento (al menos en el comentario expuesto por Nora en la introducción a *Les lieux*), además de servir para contextualizar la historiografía francesa dentro de una más amplia historia cultural, tiene un segundo efecto bastante menos positivo: empobrece el concepto de «historia de la historiografía» a costa de exaltar el papel rupturista de la propia *nouvelle histoire*. Efectivamente, el considerar a los historiadores anteriores a esta corriente como «gestores» de la memoria es una simplificación que soslaya la trascendencia de los cambios experimentados por el método y por las categorías historiográficas desde el siglo XVI al XIX⁵³. Así, en cierto modo, la noción «historia-memoria» acaba siendo una manera de rebajar la importancia epistemológica de toda la historiografía que ha precedido a la *nouvelle histoire*. No es casual hallar esta clase de argumentos en el combate del «revisiónismo». François Furet, por ejemplo, pudo desautorizar la historiografía de la Revolución francesa tachándola de «conmemorativa», indicando que se trataba de un «discurso de la identidad», sosteniendo que dicha historiografía —a excepción de la obra de Alexis de Tocqueville— habría estado «conmemorando» el acontecimiento una y otra vez⁵⁴. Se comprende así que otro crítico de la *nouvelle histoire* haya podido afirmar que detrás del discurso sobre la «memoria» propio de esta corriente existe una idealización de la llamada «historia científica» en contraposición a otros usos del pasado, que son vistos de modo simplista⁵⁵.

Justamente, la *history from below* anglosajona (y por extensión la «historia de lo cotidiano» a la germana) se ha presentando como un ambicioso intento de superar esta contraposición, esta brecha entre la historiografía profesional y otros usos de la historia, en par-

⁵³ Nótese que no es casual el manejo de la expresión «historia de la historia», en vez de la de «historia de la historiografía», por parte de estos autores. La primera de estas expresiones posee profundos antecedentes en Francia, pero en la *nouvelle histoire* significa un intento de subsumir a los historiadores en una historia de la memoria colectiva (vid. LE GOFF, J.: *Penser la historia*, op. cit., pp. 132-133).

⁵⁴ FURET, F.: *Penser la Revolución francesa* (1978), Barcelona, Petrel, 1980, pp. 13-29.

⁵⁵ ORTOLEVA, P.: «Storia e mass media», op. cit., pp. 69-70 (la crítica de Ortoleva va dirigida, sobre todo, a la visión de los usos de la historia que cataloga FERRO en *L'histoire sous surveillance*, op. cit.; sin embargo, creemos que es perfectamente aplicable en general a la *nouvelle histoire*).

ticular los usos «populares». En realidad, para ser más exactos debería decirse que se trata sólo de un sector de esa *history from below*; el más ligado a los grupos de la «nueva izquierda».

El origen de esta situación se debe a la sensibilidad de ciertos historiadores profesionales hacia los movimientos contraculturales y populares de los años sesenta y setenta. En Europa, en particular en Gran Bretaña y en la RFA en los años setenta y ochenta, las manifestaciones más notorias de la *public history* han poseído un claro tono contracultural, a través del cual se expresa la identidad de ciertos colectivos marginados. Dicho rasgo se ha reflejado, como se sabe, en vocablos como «festivales» y «talleres» (*workshops history*) *Geschichtswerkstaten*. Todos ellos han sido la manifestación de una curiosidad por la historia (o por la «memoria», según se interprete) entre un variopinto elenco de «historiadores descalzos» (*barefoot historians*) integrado por maestros, empleados de bibliotecas y museos, miembros de colectivos *gay*, feministas y pacifistas; o por sindicalistas, estudiantes obreros, cineastas, etc.⁵⁶ En todos los casos se observan rasgos que han planteado interrogantes a los historiadores profesionales (y, en muchos casos, desconfianza y recelo). Entre las ambigüedades se destacan particularmente las siguientes: la ausencia de unos límites claros en la prioridad de lo local, en la reivindicación militante de la «historia oral» y en la crítica contra el academicismo; o también la escasa vocación hacia las teorías sociales.

Pero las características de tales movimientos no sólo resumen algunas de las críticas más importantes lanzadas por los historiadores profesionales hacia estos usos populares del pasado o a la *public history* sino que también encuentran su reflejo en algunos de los

⁵⁶ Los orígenes contraculturales de la expresión *workshop history* y las redes locales y grupos que surgen a imitación del *workshop history* impulsado por el Ruskin College, en SAMUEL, R. (ed.): *History Workshop. A Colleetanea, 1967-1991. Doeuments memoirs critique and emulative index to History Workshop Journal*, Oxford, History Workshop, 1991, respectivamente pp. 97 Y 22-51. El término *bareloot historians* (historiadores descalzos) se aplica, sobre todo, al caso germano; un fenómeno que llega a la opinión pública de este país de una manera más inesperada y envuelta en la polémica que los *workshops* británicos en el suyo («nuevo movimiento histórico» le llamó *Der Spiegel* en 1983). Vid. FLETCHER, R.: «History from Below Comes to Germany: The New History Movement in Federal Republic of Germany», *Journal Of Modern History*, núm. 60 (septiembre de 1988), pp. 562-566; WILDT, M.: «History Workshops in Germany. A survey at the End of the German Post-war Era», en SAMUEL, R. (ed.): *Colleetanea*, pp. 56-64, Y LÜDTKE, A.: *Histoire du quotidien*, París, Eds. de la Maison des Sciences de l'Homme, 1994, pp. 32-38.

estudios de los propios historiadores simpatizantes con esa *public history*. Posiblemente el caso más elocuente –por lo ambicioso de la investigación– lo ofrece los *Theatres Of Memory*, particularmente en su volumen primero, del desaparecido Raphael Samuel.

Esta obra es paradigmática a la hora de mostrar las dificultades en establecer una clara línea de separación entre los usos de la historia «triviales» y los «serios»; entre el consumo popular de historia y lo que clásicamente se entiende por «conocimiento histórico»; entre lo que denominan los autores anglosajones «nostalgia», «industria del «patrimonio» (*heritage industry*)» o «memoria como espectáculo»⁵⁷. Y los usos derivados de las ya comentadas «historia del tiempo presente» e «historia inmediata». Al mismo tiempo, esta obra nos recuerda de algún modo una de las principales premisas de la reflexión sobre la historia televisiva y cinematográfica: que la principal fuente de «conocimiento histórico» para la inmensa mayoría de la población es, justamente, el medio audiovisual⁵⁸.

En efecto, *Theatres* de Samuel toma como punto de partida el hecho de que los distintos *revivals* populares, que han conocido un gran desarrollo a partir de los años setenta en Gran Bretaña, merecen un detenido estudio y no son propiamente analizables bajo categorías marxistas clásicas –o de otras teorías sociales– tales como «falsa conciencia» o «control social»; esto es, que la «invención de tradiciones» de esta clase no es propiamente un rosario de «acontecimientos» dirigidos, sino más bien una serie de «procesos» sociales

⁵⁷ Expresiones recogidas en KAYE, H. J.: *The Powers of the Past*, *op. cit.*, pp. 19-21 Y 70-73; LOWENTHAL, D.: *El pasado*, pp. 29-41; KAMMEN, M.: *Mystic Chords*, *op. cit.*, pp. 621-628; HUYSEN, A.: «Present pasts...», *op. cit.*, p. 29 (este último insiste especialmente en que no existe una oposición completamente neta entre los usos «serios» de la memoria y los «triviales»). También alude indirectamente a este terreno difuminado Rousso, H.: *Le syndrome de Vichy*, *op. cit.*, pp. 114-129, 144-146 Y 289-290, concretamente en su examen de la famosa película «Le Chagrin et la pitié» (1971) de Marcel Ophüls; película que se considera el inicio de la desmitificación del *resistance* gaullista, y que el autor cataloga como una manifestación de la llamada «moda retro».

⁵⁸ ROSENSTONE, R. A.: *El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea de historia*, Barcelona, Ariel, 1997, p. 29 (texto procedente de *American Historical Review*, 1988). La misma idea se halla expresada en BARROWCLOUGH, S., y SAMUEL, R.: «History and Television. Editorial Introduction», *History Workshop, a journal of socialist historians*, núm. 12 (otoño de 1981), pp. 172-173.

en los que se expresan las diferenciaciones de la vida cotidiana⁵⁹. Así, en *Theatres*, Samuel presenta una compleja fenomenología de usos populares del pasado que denomina «memoria popular»⁶⁰. El autor distingue diversos gustos por lo «retro» (usa el neologismo *retrochic* -elegancia retro- surgido en París en los años setenta en ambientes de la vanguardia cultural), que se plasman en los enseres domésticos, en los materiales de los edificios urbanos o en los objetos y regalos. También examina diversas formas de manifestar el interés por la «preservación», que abarcan desde el afán por coleccionarlo todo, hasta la importancia de «lo natural» y del mundo rural. Samuel no se olvida, además, de la llamada «historia viva» (*living history*) o «recreación histórica»; un fenómeno de carácter transnacional surgido en los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial ayudado por el nacimiento de la televisión y el desarrollo de las técnicas audiovisuales⁶¹.

Se comprende por qué estos temas deben ser objeto de atención por parte de los historiadores: no porque sean supuestos «rivales», sino debido a que tales «retornos» muestran hasta qué punto puede llegar a ser compleja y profunda la conexión entre lo cotidiano y el pasado, entre la historia y esa «memoria popular». Como escribe también H. J. Kaye, ese consumo popular puede ser expresión de necesidades profundamente sentidas; de aspiraciones y compromisos para asegurar y comunicar experiencias pasadas, así como para comprender las relaciones entre el pasado y el presente⁶². Es evidente, por lo tanto, que esta visión de los usos de la historia allana el camino o incluso se alinea con otras, surgidas en los ochenta, que reivindican la historia audiovisual y advierten que ésta no se puede

⁵⁹ La crítica a la teoría de la «invención de tradiciones» de E. J. Hobsbawm y T. Ranger, en SAMUEL, R: *Theatres*, p. 17 (el texto de Hobsbawm y Ranger es *The Invention of tradition*, Cambridge, 1983, traducido a diversos idiomas).

⁶⁰ El vocablo «memoria popular» es una concesión terminológica a *Les lieux de mémoire* de P. NORA. Samuel es consciente de que se trata de una expresión cargada de ambigüedad y quizá por eso la caracteriza al principio negativamente como *unofficial knowledge* (*Theatres*, pp. 6-7).

⁶¹ Las formas de *retrochic*, en SAMUEL, R: *Theatres*, pp. 51-135, Y el gusto por la «preservación», en *op. cit.*, pp. 139-202. Sobre los orígenes de la *living history* y sobre los *revivals* populares recientes en los Estados Unidos, KAMMEN, M.: *Mystic Chords*, *op. cit.*, pp. 628-652, Y LOWENTHAL, D.: *El pasado*, *op. cit.*, pp. 419-423 Y 533-564 (ha de advertirse que este último libro es más una historia intelectual que una historia sociocultural, aunque hace breves excursiones a esta última temática).

⁶² KAYE, H. J.: *The Powers*, *op. cit.*, p. 20.

analizar como si fuera un libro o desde una visión estática de lo que significa el papel de los historiadores.

Ahora bien, a pesar de todos estos planteamientos, la perspectiva de Samuel acarrea un problema que tiene sus raíces en la visión del historiador y en la concepción de la identidad cultural propios de la «nueva izquierda». Ese problema consiste, dicho sin ambages, en que se acaba desdibujando el papel del historiador profesional, que pasa a convertirse en un elemento más de la actual «legión de aficionados a la historia». En ese sentido, la tesis de Samuel de que «la historia como conocimiento social no es prerrogativa de los historiadores» no constituye sólo una alusión a la complejidad de los usos de la historia, sino que refleja una caracterización ideal —a la que éste ha aludido en otras ocasiones⁶³— de lo que debe ser el historiador: una suerte de militante de la «memoria popular», una figura que se limita a atestiguar «la voces del pasado».

Sin embargo, el difuminar de un modo tan contundente la distinción entre historia y «memoria» no puede hacerse sin caer en importantes simplificaciones sobre el significado de la propia historiografía profesional. Es cierto que el consumo popular de historia constituye una manera de acercarse al pasado, pero es mucho más difícil de sostener que ese consumo, que suele ser aleatorio y disperso, se pueda denominar siempre «conocimiento histórico» en el sentido que dan a la expresión la historia académica y la historia escolar. De hecho, la mayoría de los especialistas en historia y medios audiovisuales se muestran más moderados; reivindican la necesidad de que los historiadores profesionales atiendan a esta clase de historia; defienden la especificidad de su lenguaje, que no se adapta a los cánones de la historiografía profesional al uso, pero no propugnan en absoluto un «giro historiográfico» espectacular⁶⁴.

En definitiva, el debate sobre los usos de la historia es una cuestión abierta que no sólo exige pensar en la estrategia de los

⁶³ Podemos hallarla también en la conclusión de la entrevista concedida por el autor a la revista francesa *Dialectiques*, donde insiste en que «la práctica profesional no crea ni un monopolio ni una garantía». Vid. SAMUEL, R: «Déprofessionaliser l'histoire. Entretien avec Béatrice Avakian», *Dialectiques*, 1980, p. 16. La frase de *Theatres* en p. 8.

⁶⁴ Vid. la posición de DE PABLO, S: «Cine e historia. ¿La gran ilusión o la amenaza fantasma?», *Historia Contemporánea*, núm. 22, Universidad del País Vasco (2001), p. 19.

historiadores, sino también investigar sobre el tema. Como tal, este dominio muestra que no existe ninguna receta que devuelva a los historiadores el papel intelectual desempeñado en otras épocas. Pero también descubre cuáles son los peligros de ignorar, en unos casos, o de sobrevalorar, en otros, la importancia de los usos públicos del pasado.